

sus ojos á modo de pantalla, y nos vió de pié, y arrimados á la puerta; alargó el pié hácia su hijo, y empujándole bruscamente le sacó de la ocupacion que le absorbía. Presumo que le dijo en mal alemán, que nos enseñase la ermita, pues el joven tomó del fogón una tea de pino inflamada, y se levantó con una languidez enfermiza. Quedó un instante de pié en medio de aquel charco casi compacto por la reunion del olin y la ceniza que el agua al caer había arrastrado consigo; despues nos miró con un aire estúpido, bostezó, estendió los brazos y se vino á nosotros. Nos dirigió algunos sonidos guturales é ininteligibles que no pertenecían á ningun idioma humano, pero como estendia el brazo donde tenia la tea del lado de los otros cuartos, comprendimos que nos invitaba á visitarlos; le seguimos. Nos condujo hácia un corredor de ochenta pies de largo y catorce de ancho, del que no pudimos comprender el uso. Este corredor estaba alumbrado por cuatro ventanas talladas á modo de troneras, más ó menos macizas, segun el grueso exterior de la roca. El idiota acercó la antorcha á la puerta y nos la mostró con el dedo sin otra explicacion que las sílabas: ¡heul! ¡heul! que repetía cada vez que nos quería indicar alguna cosa trazada con lapiz casi borrado. Encontramos con mucha pena formas de letras; sin embargo, pudimos leer el nombre de Maria Luisa, la hija de los Césares de Alemania, que en aquella época, muger del emperador y madre del rey, había visitado esta ermita en 1813 y había escrito su nombre, casi borrado hoy día en la historia como lo estaba sobre la puerta.

Pasamos desde aquel corredor al cuarto del ermitaño, que compone la última pieza de aquel bizarro aposento. Su cama de madera, sobre la cual hay tendido un colchon y una manta, sirve hoy de alcoba á la anciana, y enfrente de aquel lecho algunos haces de paja estendidos sobre el húmedo pavimento, insuficiente para un caballo en una cuadra y para el nicho de un perro, sirven de cama al idiota. Allí es donde pasan estos desgraciados su vida, no viviendo más que de la limosna que les dan los curiosos que van á visitar su estraña habitacion.

La profundidad de la abertura que hizo el ermitaño en la roca es de trescientos sesenta y cinco pies; se paró en esta cifra en memoria de los días que tiene el año. La bóveda tiene por todas partes catorce pies de altura.

Al volver por el cuarto contiguo á la capilla bajamos los diez y ocho peldaños de la escalera que nos condujo al jardín, donde crecen algunas legumbres miserables que cultiva el joven que nos servía de guía. Un gesto demostrativo acompañado de su sílaba habitual: ¡heul! ¡heul! nos hizo volver la cabeza hácia una escavacion de la roca; es la entrada de una fuente de excelente agua que llaman la *Cueva del ermitaño*.

Habíamos visto en todos sus detalles aque-

la singular construccion. Mientras la visitamos, el tiempo se había aclarado; vimos que lo mejor que podíamos hacer, era subir en el carruaje y tomar el camino de Berna. Atravesamos la poterna, nos pusimos á buscar nuestro guía, muy preocupados por los primeros síntomas de un hambre que prometía hacerse voraz. Encontramos á nuestro sacristan de San Nicolás sentado á la sombra de un árbol con una piedra delante sobre la cual se veían los restos de un almuerzo. El tunante acababa de almorzar maravillosamente, segun pudimos juzgar por los huesos de pollo de que estaba sembrada la tierra á su alrededor y por una calabaza, que colocada sin tapon al lado de su paraguas atestiguaba haberse vaciado en un vaso más elástico y de más capacidad; en cuanto á nuestro hombre tenia los ojos levantados al cielo como dando gracias al Criador, como criatura que era, por todos los dones que de él había recibido.

La vista de esto nos atormentó horriblemente el estómago.

Le preguntamos si no habría medio de procurarse en los alrededores algun comestible del género de aquellos que acababa de absorber. Nos hizo repetir varias veces nuestra frase; por fin, despues de haber reflexionado un instante nos dijo con aquella tranquila perspicacia que formaba el fondo de su carácter:—Si hambre tener, comprender yo, es el ejercicio.

Despues se levantó sin contestar de otro modo á nuestra pregunta, cerró su navaja, metió la calabaza en su bolsillo, recogió el paraguas y se encaminó hácia el sitio donde nos aguardaba el carruaje, tan flemáticamente como si á su estómago lleno no le siguiesen dos estómagos vacíos.

Cuando ya nos hubimos unido á nuestro cochero nos consultamos para arreglar nuestras cuentas con el guía; se decidió que le daríamos un thaler (seis francos de nuestra moneda segun creo), por el medio día que nos había consagrado; saqué de mi bolsillo un thaler y se lo puse en la mano. Nuestro sacristan tomó la pieza y la volvió alternativamente de sus dos caras, examinó su grueso, á fin de asegurarse bien de que no estaba ni gastada ni borrosa, la metió en su bolsillo y tendió de nuevo la mano. Esta vez yo se la tomé con mucha cordialidad, y apretándosela con toda mi fuerza le dije en el mejor alemán que pude: *Gul reis mein freund*. El pobre diablo hizo un gesto de endemoniado, y mientras que despegaba ayudado con su mano izquierda los dedos de la mano derecha, murmurando algunas palabras que no pudimos comprender, subimos en el carruaje. Al cabo de un cuarto de legua se nos vino á la imaginacion una idea, y fué la de preguntar á nuestro cochero si había entendido lo que había dicho nuestro guía.

—Sí, señores, nos contestó.

—¿Y bien?

—Ha dicho que un thaler es poca cosa para un hombre que como él había soportado en un solo día el calor, el hambre y la lluvia.

Ya se adivina cuál fué la impresion que debió hacer tal reconvenccion á unos hombres tostados por el sol, mojados hasta los huesos y muertos de inanicion. Así es que nos quedamos en la insensibilidad más completa; solamente la traduccion de aquellas palabras nos llevó naturalmente á preguntar á nuestro cochero si habría alguna posada en el camino que debíamos recorrer hasta llegar á Berna. Su respuesta fué desesperante.

Dos horas despues, se paró y nos preguntó si queríamos visitar el campo de batalla de Laupen.

—¿Hay alguna posada en el campo de batalla de Laupen?

—No señor, es una gran llanura donde Rodolfo de Erlac, á la cabeza del pueblo, venció á los nobles el año 1339....

—Bien, muy bien; ¿y cuántas leguas hay aun hasta Berna?

—Cinco.

—Un thaler de *trinckgeld*, si llegamos en dos horas.

El cochero puso su caballo á galope con un ardor que la noche no logró menguar, y hora y media despues, desde lo alto de las montañas de Bumplitz, vimos esparcidas por el llano y brillando como gusanos de luz sobre el césped las luces de la capital del canton bernés.

Al cabo de diez minutos, nuestro carruaje se paraba en el patio de la fonda del Alcon.

LOS OSOS DE BERNA.

Una zambra producida por muchos centenares de voces, nos despertó al día siguiente al amanecer, nos asomamos á la ventana: se celebraba el mercado delante de la posada.

El mal humor que nos había causado el despertar tan de madrugada, se disipó pronto á la vista del hermoso y pintoresco cuadro de aquella plaza pública, llena de cazadores y labradores con sus trages nacionales.

Una de las cosas que más me habían desilusionado en Suiza, era la invasion de nuestras modas, no solamente en las clases de la sociedad, las primeras siempre en abandonar las costumbres de sus antepasados, sino tambien en el pueblo, conservador religioso de las tradiciones paternas. Me hallé bien indemnizado de mi retardo por la casualidad que reunía ante mis ojos y con toda su coquetería á las

más lindas paisanas de los cantones vecinos de Berna. Allí estaba la Vaudesa con sus cabellos cortos cubiertos por un ancho sombrero de paja punteagudo, que cubre sus sonrosadas mejillas; la muger de Friburgo que rodea tres veces con las trenzas de sus cabellos la desnuda cabeza, con lo que forma su único peinado; la Vallesana que viene por el monte Gemmi, con su sombrerito á lo marquesa, bordado de terciopelo negro, del que cuelga hasta sobre sus espaldas, una ancha cinta bordada de oro; en fin, en medio de ellas es la más graciosa de todas, la Bernesa con su gorrito de paja amarilla, cargado de flores como un canastillo, colocado coquetamente de medio lado sobre la cabeza, de donde se escapan por detras dos largas trenzas de cabellos rubios; su lazo de terciopelo negro en el cuello, su camisa, de anchas mangas con pliegues, y su corpiño bordado de plata.

Berna, tan grave, tan triste; Berna la antigua ciudad, parecía que aquel día se había puesto tambien sus joyas y vestidos de fiesta y derramaba por las calles á sus mugeres, cual suele una coqueta derramar sobre su vestido de baile sus flores naturales. Sus arcos sombríos y abovedados que se adelantan sobre la planta baja de sus casas, estaban animados por una muchedumbre ligera y alegre, destacándose por los colores vivos de sus ropas sobre la media tinta de sus ennegrecidas piedras; despues grupos de jóvenes con gorros de cuero en sus grandes y rubias cabezas, y con una especie de blusas azules llenas de pliegues en las caderas, verdaderos estandartes de Alemania, que hacían á uno creerse á veinte pasos de Leipsick ó de Iena, hablaban inmóviles, ó paseaban de dos en dos con la pipa de espuma de mar en la boca, y colgada de la cintura la bolsa del tabaco adornada de la cruz federal. Nosotros gritamos *bravo* desde nuestras ventanas, palmoteando como lo hubiéramos hecho en un teatro al levantarse el telon y ver una hermosa decoracion en escena. Despues, encendiendo nuestros cigarros en prueba de fraternidad, nos fuimos derechos hácia dos de aquellos jóvenes para preguntarles el camino de la catedral.

En lugar de enseñarnoslo con la mano, como hubiera hecho un parisiense ocupado, uno de ellos nos respondió en francés, pero con un ligero acento tudesco: «Por ahí» y haciendo aligerar el paso á su compañero, se puso á andar delante de nosotros.

Al cabo de cincuenta pasos nos paramos enfrente de uno de esos antiguos relojes complicados, á cuyos adornos consagraba á veces toda su vida un artífice del siglo XV. Nuestro guía se sonrió.—¿Queréis esperaros? nos dijo. Van á dar las ocho.

En efecto, en aquel mismo instante, el gallo que estaba encima del campanario sacudió las alas, y cantó tres veces con su voz automática. A aquella llamada salieron los cuatro

evangelistas uno por uno de su nicho, y cada cual tocó un cuarto de hora con el martillo que tenía en la mano; despues mientras sonaba la hora y al mismo tiempo que vibraba el primer golpe, se abrió una puertecita colocada debajo del cuadrante, y comenzó á desfilár una estraña procesion, dando vuelta en semicírculo en derredor de la base del monumento, y entró por una puerta paralela, que se cerró al dar la última campanada y al entrar el último personaje que terminaba la comitiva.

Nosotros habíamos observado ya la especie de veneracion que profesan á los osos los bernezes: al entrar la tarde antes en la ciudad por la puerta de Friburgo habíamos visto destacarse entre la sombra las estatuas colosales de dos de aquellos animales, colocados como lo están los caballos domados por esclavos que se ven á la entrada del jardín de las Tullerías por la plaza de la Concordia. En el tránsito de cincuenta pasos que dimos para llegar al reloj, dejamos á nuestra izquierda una fuente que tenía un oso encima con una bandera en la mano, cubierto con la armadura de un caballero, marchando en dos pies con un osito en los pies vestido de page, y comiéndose un racimo de uvas ayudado de los pies de lanteros. Habíamos pasado por la plaza de Greniers y observado sobre el frontispicio esculpido del monumento dos osos sosteniendo las armas de la ciudad, como dos unicornios el blason feudal: además uno de ellos derramaba con un cuerno de la abundancia los tesoros del comercio á un grupo de doncellas que se apresuraban á recogerlos, mientras que el otro alargaba graciosamente la pata á un guerrero vestido de romano del tiempo de Luis XV. Esta vez acabábamos de ver salir de un reloj una procesion de osos, unos tocando el clarinete, otros el violín, este el contrabajo, aquí el la trompa, y detras de estos otros con espada al costado y fusil al hombro marchando, graves y bien alineados, con bandera desplegada y sus cabos y sargentos. Preciso es confesar que teníamos con que divertirnos, y así estábamos llenos de alegría. Nuestros bernezes acostumbrados á este espectáculo, se reian de vernos reir, y lejos de incomodarse parecían alegrarse de nuestro buen humor. Al fin les preguntamos en un momento de desquite á que venía aquella continua reproduccion de unos animales que por su especie y por su forma no habían pasado hasta entonces por modelos de gracia ó de finura, y si tenía la ciudad motivo para quererlos mas que por sus pieles y carnes.

Nos respondieron que los osos eran los patronos de la ciudad.

Me acordé entonces de que en el calendario suizo había efectivamente un San Oso; pero yo siempre lo había conocido por pertenecer por su forma á la especie de los bipedos, aunque por su nombre pareciese aproximarse mas á la de los cuadrúpedos. Además era el patron

de Soleure y no de Berna. Hice esta observacion urbanamente á mis guías.

Nos respondieron que por la poca costumbre de hablar en francés, nos habían respondido que los osos eran los patronos de Berna, que no eran mas que los padrinos; pero en cuanto á este título tenían un derecho incontestable, pues que de ellos había recibido Berna su nombre. En efecto, *Bær* que en alemán se pronuncia *Ben*, quiere decir *oso*. Aquella graciosa chanza se complicaba mas y mas. El que hablaba mejor el francés de los dos que nos acompañaban; viendo que descábamos la esplicacion, nos ofreció darla mientras nos llevaba á la iglesia. Adivinése cuan agradecido aceptaría la proposicion, yo que siempre ando á caza de tradiciones y leyendas. Esto es lo que nuestro *cicerone* nos contó.

La ciudad de Berna fué fundada en 1191 por Bertoldo V, duque de Zœringen. Concluida apenas, rodeada de murallas y cerrada con puertas, ocupóse en buscar un nombre para la ciudad, con la misma solicitud que una madre busca uno para el hijo que acaba de dar á luz. Desgraciadamente, parece que no era la imaginacion la parte mas brillante del noble señor, por que no pudiendo lograr encontrar lo que buscaba reunió en un gran banquete á toda la nobleza de las cercanías. La comida duró tres dias, al cabo de los cuales nada de positivo se había determinado para el bautismo del niño, cuando uno de los convidados propuso, para acabar de una vez, que al dia siguiente se iniciase una gran cacería en los montes circunvecinos, y que se diese á la ciudad el nombre del primer animal que se matase. Esta proposicion fué aprobada por aclamacion.

Al amanecer del dia siguiente pusieronse en camino todos. Al cabo de una hora de caza se oyeron grandes gritos de victoria. Corrieron todos hácia el sitio de donde salían: un arquero del duque acababa de matar á un ciervo.

Bertoldo pareció disgustado de que uno de los suyos hubiese empleado su destreza en un animal de aquella especie. Declaró en consecuencia, que no daría á su buena y fuerte ciudad de guerra el nombre de un animal que es el simbolo de la timidez. Algunos maliciosos pretendieron que el nombre de la víctima ofrecía tambien el simbolo de otra cosa que su señor á propósito olvidaba mencionar, á pesar de ser la que mas repugnancia le inspiraba. Bertoldo era viejo, y tenía una muger jóven y bonita.

Fué declarado nulo el golpe del arquero y continuó la caza.

Al anochecer los cazadores encontraron un oso.

Vive Dios, que era un animal cuyo nombre de ningun modo podia comprometer, ni el honor de un hombre ni el de una ciudad. El desgraciado animal fué muerto sin misericordia y con su sangre dió el bautismo á la naciente capital. Hoy hay aun á un cuarto de legua

de Berna, cerca de la puerta del cementerio de Muri-Stalden, una piedra que atestigua la autenticidad de esta etimologia, con una lácnica y espresiva inscripcion.

Vedla aquí en alemán antiguo.

ERST BAER FAM (1).

Nada había que replicar contra el testimonio de semejante autoridad. Yo di entero crédito sobre su palabra á la historia de nuestro estudiante, que no es mas que el prefacio de otra mas original aunque vendrá en su lugar.

Durante este tiempo habíamos atravesado una calle y una gran plaza, y nos hallábamos al fin en frente de la catedral. Esta es un edificio gótico de un estilo bastante notable, aunque contrario á las reglas arquitectónicas de la época, pues no ofrece á pesar de su calidad de iglesia metropolitana, mas que un campanario y no una torre. El campanario está además truncado á la altura de ciento noventa y un pies, de manera que se parece á un pilon de azúcar colosal, á quien se hubiese quitado la parte superior. El edificio fué comenzado en 1421, según los planos de Matias Heins, que obtuvo la preferencia sobre los de su competidor cuyo nombre se ignora. Este último disimuló su resentimiento por tal humillacion, y cuando el edificio llegaba á una elevacion bastante considerable, solicitó un dia de su rival el permiso de acompañarle hasta la plataforma. Matias sin desconfianza le concedió esta demanda con una facilidad que hacia mas honra á su amor propio que á su prudencia: pasó delante, empezó á enseñarle en todos sus detalles los trabajos, que su rival había pensado dirigir algun dia. Desbaciase éste en tributar pomposos elogios al talento de su compañero, que queriendo probarle que los merecia, le invitó á seguirle á las demas partes del edificio, y le enseñó el camino mas corto, aventurándose, á setenta pies de elevacion sobre una tabla colocada entre dos paredes que formaban un ángulo. En el mismo instante, se oyó un gran grito: el infeliz arquitecto había sido precipitado.

Nadie fué testigo de la desgracia de Matias si no fué su rival. Este contó haber tenido el dolor de haberle visto caer sin poder socorrerle cuando el peso de su cuerpo había hecho volcar la tabla que no estaba á plomo sobre dos paredes mal niveladas. Ocho dias despues obtuvo el cargo del difunto, al que hizo levantar una magnífica estatua en el lugar mismo de la caída, lo cual le hizo adquirir en Berna una grande reputacion de modestia.

Entramos en la iglesia, que como todos los templos protestantes, no ofrece en su interior nada notable. Solo hay dos sepulcros á los lados del coro, el uno es del duque Zœringen, fundador de la ciudad, y el otro el de

Federico Steiger, que era magistrado de Berna cuando los franceses se apoderaron de ella en 1798.

Al salir de la catedral fuimos á ver el paseo interior, que creo le llaman la Terraza. Está elevada á ciento ochó pies sobre la parte baja de la ciudad: una muralla escarpada de la misma elevacion sostiene las tierras y las preserva de un hundimiento.

Desde aquella terraza se descubre una de las vistas mas bellas del mundo. A sus pies se ven como un tapiz de varios colores los techos de las casas por entre las cuales pasa serpenteando el Aar, rio caprichoso y rápido cuyas azuladas aguas toman su origen de las neveras del Finster-Aarhorn, y que ciñe por todos lados á Berna, ese castillo fuerte que tiene por puntos avanzados las montañas circunvecinas. En el segundo término se alza el Gürthen, colina de tres ó cuatro mil pies de elevacion, y que sirve de pasage á la vista para llegar á la gran cadena de neveras que cierra el horizonte cual una muralla de diamantes; especie de cenidor resplandeciente, mas allá del cual parece debe de existir el mundo de las *Mil y una noches*; faja de mil colores que por la mañana y á la luz del sol toma todos los matices del arco iris desde el subido azul hasta el de rosa claro; palacio fantástico que por la noche cuando están sumidos en la oscuridad la ciudad y el llano permanece iluminado algun tiempo aun por los últimos resplandores del dia, espirando lentamente en su cumbre.

Aquella magnífica plataforma, toda plantada de hermosos árboles, es el paseo interior de la ciudad. En los ángulos del paseo hay colocados dos cafés donde se encuentran excelentes helados, y entre estos dos cafés, y en medio del parapeto de la Terraza, una inscripcion alemana grabada sobre una piedra, recuerda un acontecimiento casi milagroso.—Un caballo fogoso desbocado que montaba un estudiante, se precipitó con su ginete desde lo alto de la plataforma, quedó muerto el caballo, y solo con unas leves contusiones el estudiante. El animal y el hombre habían dado un salto perpendicular de ciento y ocho pies. Ved aquí la traduccion literal de aquella inscripcion.

«Esta piedra fué erigida en honor de la omnipotencia de Dios y para transmitir á la posteridad su recuerdo.—El señor Teobaldo Vœin-zœpfli saltó desde aquí abajo con su caballo el dia 25 de mayo de 1634; despues de este accidente sirvió treinta años á la iglesia, en calidad de pastor, y murió muy viejo y en olor de santidad el 25 de mayo de 1694.»

Una pobre muger condenada á galeras, seducida por este antecedente, intentó despues el mismo salto, para escaparse de los soldados que la perseguian; pero menos feliz que Vœin-zœpfli se estrelló sobre el suelo.

Despues de haber echado una última ojeada sobre aquella magnífica vista, nos dirigimos hácia la puerta de abajo á fin de dar la vuelta

(1) Aquí fué cogido el primer oso.

de Berna, por el Atemberg, bonita colina llena de viñedos que se alza á la otra parte del Aar, un poco sobre el nivel de la ciudad. Mientras caminábamos nos enseñaron una pequeña posada gótica que tiene una bota por muestra. Admirará con razon de verla en la puerta de un despacho de vino al conocer la tradicion de esta muestra.

Enrique IV, en 1602, habia enviado á Berna á Bassompierre en calidad de embajador cerca de los trece cantones, para renovar la alianza jurada ya en 1582 por Enrique III y la confederacion. Bassompierre, por la franqueza de su carácter, y la lealtad de sus relaciones, consiguió allanar las dificultades de aquella negociacion y hacer de los suizos aliados y amigos fieles de la Francia. Al tiempo de marchar, y cuando acababa de montar á caballo á la puerta de la posada, vió adelantarse hácia él los trece diputados de los trece cantones, llevando un enorme *widercome* en la mano, y viniendo á ofrecerle el trago de despedida.

Llegados cerca de donde él estaba, lo rodearon, levantaron juntos á un mismo tiempo las trece copas, que contenia cada una el liquido de una botella, y brindando unánimes por la Francia, se las bebieron de un trago. Bassompierre, aturdido de tal atencion, no halló mas que un medio de devolvérsela. Llamó á su criado, hizolo bajar del caballo, mandóle que le sacase la bota, cogiéndola por la espuela, hizo vaciar en aquel vaso improvisado trece botellas de vino; despues empuñándolo á su vez para volver el brindis que acababa de recibir: *A la salud*, dijo, DE LOS TRECE CANTONES; y se bebió las trece botellas.

Los suizos encontraron que la Francia estaba dignamente representada.

A cien pasos mas llegamos á la puerta de abajo. Atravesamos el Aar por un puente de piedra bastante hermoso, y despues de media hora nos hallamos en la cumbre del Atemberg. Allí se encontró casi la misma vista que desde la terraza de la catedral, escepto que desde aquel segundo *belveder*, Berna forma el primer término del cuadro.

Muy pronto, aunque magnífico y muy agradable, dejamos aquel paseo. Como no podíamos abrigarnos de los rayos del sol por árbol alguno, hacia un calor sofocante; al otro lado del Aar, por el contrario, veíamos un bosque magnífico cuyas calles estaban llenas de gente que se paseaba. Temíamos al pronto vernos reducidos á volvernos por donde habíamos venido para encontrar el puente que habíamos ya pasado; pero vimos algo mas abajo un barquichuelo con cuyo auxilio se verificaba el paso con gran provecho del barquero, pues nos vimos obligados á aguardar mas de un cuarto de hora para que nos tocase la vez. Este barquero es un antiguo servidor de la república á quien la ciudad ha concedido en recompensa de sus servicios, el privilegio esclusivo del transporte de los pasajeros que

quieren atravesar el Aar. Este transporte se hace mediante una retribucion de dos sueldos, sin que se esceptúen mas que dos clases de la sociedad, que no tienen ninguna relacion entre si, los soldados y las comadres del país. Como yo habia hecho algunas preguntas á mi barquero, se creyó con derecho para hacerme tambien á su vez una reconociéndome por francés. Me preguntó si estaba por el rey nuevo ó por el antiguo. Mi respuesta fué tan categórica como su pregunta.—«Ni por el uno ni por el otro;» aludia el barquero á Carlos X y á Luis Felipe.

Los suizos son en general muy preguntones y muy indiscretos en sus preguntas, pero las hacen con tanta bondad que hacen desaparecer la impertinencia; despues, cuando uno les ha explicado sus cosas, ellos os cuentan á su vez las suyas con aquellos íntimos detalles que se reservan solo para los amigos de la casa. En una mesa redonda conoce uno á su vecino al cabo de un cuarto de hora como si hubiese vivido con él durante veinte años. Por lo demas, si uno quiere puede no contestar muy fácilmente á estas preguntas, que por lo comun son las que encuentran en el registro de las posadas; el nombre, la profesion, de dónde se viene y á dónde se vá. Este sistema es mucho más cómodo que el de pedir los pasaportes, pues así se puede indicar á los amigos que vienen despues del viagero ó que le preceden, el camino que se ha seguido y el tiempo que se permanece en cada punto.

A nosotros nos era lo mismo ir por una parte que por otra, con tal que visitásemos alguna curiosidad nueva; así seguimos á la demas gente que iba al paseo de Engi, el mas concurrido en los alrededores de la ciudad.—En frente de la puerta de Aarberg habia una gran concurrencia, preguntamos el motivo, nos contestaron lacónicamente: *Los osos*. Nos acercamos á una especie de parapeto en derredor del cual se apoyaban como en la balastrada de un teatro doscientas ó trescientas personas ocupadas en contemplar las monadas de cuatro monstruosos osos separados en parejas, habitando dos grandes fosos mantenidos con el mayor aseo, y embalsados como el pavimento del comedor de una casa.

La diversion de los espectadores consistia lo mismo que en Paris, en tirar manzanas, peras y bollos á los habitantes de aquellos dos fosos; pero esta distraccion se complicaba con una combinacion que indicaré al señor director del Jardin de Plantas para que la adopte para mejor diversion de los aficionados.

La primera pera que vi tirar á los osos berneses se la tragó uno de ellos sin oposicion alguna exterior; pero no así la segunda. En el mismo instante en que se levantó lentamente á buscarla engolosinado por la primera, salió de un agujero de la pared otro convidado cuya forma no pude conocer por lo estrechado de su ligereza, y cogiendo la pera en las

narices mismas del estupefacto oso, se volvió á su madriguera con gran aplauso de la curiosa multitud. Un minuto despues apareció en la boca de la madriguera la cabeza fina de una zorra enseñando sus ojos vivos, y su negro y punteagudo hocico, acechando la ocasion de coger otra presa á costa del amo del palacio, del que la zorra parecia habitar un pabellon.

Aquello me dió ganas de renovar la esperiencia, y compré unos pastelillos, como el mejor manjar para escitar el apetito de los dos antagonistas. La zorra, que sin duda adivinó mi intencion, viéndome llamar á la bollera, fijó en mí sus ojos, y no me perdió de vista. Cuando habe hecho provision de víveres y me los hube colocado en la mano izquierda, tomé con la derecha un pastelillo y se lo enseñé á la zorra: la astuta hizo un ligero movimiento con la cabeza, cual si quisiese decirme: *Pierde cuidado, que te entiendo perfectamente*: y luego se relamió el lábio con la seguridad de un muchacho que está bastante seguro de conseguir su objeto para saborearlo de antemano. Sin embargo, contaba con darle una ocupacion mas difícil que la primera. El oso por su parte habia visto mis preparativos con cierto aire de inteligencia, y se columpiaba sentado sobre sus cuartos traseros graciosamente, con los ojos fijos, la boca abierta y las patas delanteras estendidas hácia mí. Durante este tiempo la zorra habia salido del todo de su madriguera, arrastrándose como un gato, y entonces me apercibi de que no habia sido su ligereza la única razon de no haberla conocido la primera vez de su salida, y era otra causa accidental. El pobre animal no tenia cola.

Tiré el pastelillo; el oso lo siguió con la vista, dejándose caer en cuatro pies para ir á buscarlo, pero al primer paso que dió, se lanzó de un brinco la zorra por encima de su espalda, tan bien calculado, que dió con el hocico sobre el pastelillo, y dando un gran rodeo, describió una curva para volverse á su madriguera. El oso enfurecido, aplicando á su venganza cuanto sabia de geometria, tomó la linea recta con una viveza de que nunca lo hubiera creído capaz: la zorra y él llegaron casi al mismo tiempo á la madriguera; pero la zorra llevaba la delantera, y los dientes del oso crujieron al cerrarse delante del agujero en el momento mismo en que acababa de desaparecer la ladrona. Entonces comprendí por qué la pobre diablo no tenia cola.

Repetí muchas veces esta esperiencia con gran satisfaccion de los curiosos y de la zorra, que de cada cuatro pastelillos atrapaba dos siempre.

Los osos que habitan el segundo foso son mucho mas jóvenes y mas pequeños. Pregunté la causa y supe que eran los sucesores de los otros, y que á su muerte debian heredar su lugar y su riqueza. Esto exige una explicacion.

Hemos dicho como despues de su funda-

cion por el duque Zœringen habia recibido Berna su nombre, la parte que habia tomado en su bautismo el género animal. Desde aquel tiempo fueron los osos las armas de la ciudad, y se resolvió no solamente colocar su effigie en el blason, en las fuentes, en los relojes y en todos los demas monumentos, sino tambien proporcionarse osos vivos que serian alimentados y alojados á costa de los habitantes. Esto no era difícil, no habia mas que alargar la mano á la montaña y escoger. Cogiéronse dos osos pequeñitos, y traídos á Berna, fueron muy pronto un objeto de idolatria para sus habitantes por su gracia y gentileza.

Por esta época una vieja solterona muy rica que en los últimos años de su vida habia manifestado una particular aficion á estos amables animalitos, murió sin dejar mas herederos que algunos parientes bastante lejanos. Abrióse su testamento con las formalidades de estilo en presencia de todos los interesados. Debaba setenta mil libras de renta á los osos, y mil escudos dados por una sola vez al hospital de Berna para fundar una cama en favor de los miembros de su familia. Los presuntos herederos atacaron el testamento á pretexto de que habia habido coaccion: se nombró de oficio á los herederos señalados un abogado, que como era un hombre de gran talento probó la inocencia de los desgraciados cuadrúpedos á quienes se queria despojar de su herencia, que fué públicamente reconocida, y el testamento declarado válido y bueno y los legatarios fueron autorizados para entrar inmediatamente á la posesion de su legado.

La cosa era fácil, la fortuna de la testadora consistia en metálico contante. Entraron en el tesoro de Berna un millon y doscientos mil francos que formaban el capital, siendo el tesoro responsable de aquella cantidad por disposicion del gobierno y debiendo pagar los intereses á los apoderados de los herederos, que eran considerados como menores. Adivinase que hubo un gran cambio, y se mejoró el tren de casa de los herederos. Sus tutores tuvieron coche y casa propia, dando en nombre de los pupilos banquetes suntuosos y lucidos bailes. En cuanto á ellos personalmente el guarda tomó el titulo de ayuda de cámara, y no los pegó mas que con un junquito con puño de oro.

¡Desgraciadamente nada es estable en las cosas humanas! Apenas habian gozado de aquella comodidad desconocida á su especie algunas generaciones de osos, cuando estalló la revolucion francesa. La historia de nuestros héroes no se halla ligada tan intimamente con aquella gran catástrofe que debamos remontarnos á las causas que la produjeron ó los resultados que de ella se derivaron; por tanto, no nos cuidaremos mas que de los acontecimientos en que representaron un papel los osos.

La Suiza estaba demasiado cerca de la

Francia para no sentir alguna oscilacion del gran terremoto con que trastornaba al mundo el volcan revolucionario; sin embargo, quiso resistir aquella lava militar que surcó la Europa. El canton de Vaud se declaró independiente: Berna reunió sus tropas; victoriosa primero en el encuentro de Neueneck fué vencida despues en los combates de Strambrunn y de Grauholz, y los vencedores mandados por los generales Brum y Schaunbourg hicieron su entrada triunfante en la capital. Tres dias despues hizo su salida el tesorero bernés.

Once mulos cargados de oro tomaron el camino de Paris; dos de ellos llevaban la fortuna de los infelices osos, que moderadissimos en sus opiniones, fueron comprendidos en la lista de los aristócratas y tratados en consecuencia como tales. Bien les quedaba la casa que habian hecho á costa suya sus apoderados y que los franceses no se habian podido llevar, pero aquellos justificaban su título de propiedad, de modo que el último resto de su pasada opulencia fué arrastrado tambien en el naufragio de su fortuna.

Aquellos animales dieron entonces un grande ejemplo de filosofia á los hombres mostrándose tan magnánimos en la desgracia como humildes habian sido en la prosperidad, y así respetados por todos los partidos atravesaron los cinco años de revolucion que agitaron á Suiza desde 1798 hasta 1803.

La Suiza habia abatido sus montañas bajo la mano de Bonaparte, cual el Océano sus olas á la voz de Dios. El primer cónsul la recompensó proclamando el acta de mediacion: y los diez y nueve cantones respiraron abrigados bajo el ala que la Francia estendia sobre ellos.

Apenas Berna estuvo tranquila se apresuró á reparar las pérdidas que habian tenido sus ciudadanos. Entonces fué pedir unos un empleo al gobierno; otros reclamar del erario los indemnizase, y algunos solicitar una recompensa nacional. Solamente aquellos que tenian mas derecho que nadie para obtenerlo todo, desdeñaron toda gestion, esperaron con el silencio del derecho que les asistia que la república se acordase de ellos.

La república justificó su divisa sublime, *uno para todos, todos para uno*. Abrióse una suscripcion en favor de los osos: produjo setenta mil francos: con esta cantidad tan módica en comparacion de la que antes poseian, compróse el consejo de la ciudad un terreno que producía mil libras de renta. Los desgraciados animales despues de haber sido millonarios ya no eran mas que electores. El derecho electoral está fijado en Ginebra en nueve francos y lo mismo en Berna, segun creo.

Aun esta pequeña fortuna se encontró bien pronto reducida á la mitad motivada por un nuevo accidente, pero que esta vez estaba lejos de toda conmocion política. El foso que habitaban los osos estaba antes dentro de la

ciudad y tocando el muro de la prision. Una noche, un preso condenado á muerte, pudo procurarse un punzon de hierro, se puso á hacer un agujero en la muralla: despues de dos ó tres horas de trabajo, creyo oír que del lado opuesto del muro trabajaban tambien, ó cosa parecida; esto le dió nuevos bríos. Pensó que un desgraciado prisionero como él habitaba el calabozo contiguo y esperó que una vez reunido á él, la huida le seria mucho mas fácil estando dividido el trabajo. Esta esperanza crecia á medida que el trabajo adelantaba; el trabajador oculto obraba con una energia que parecia hacerle olvidar toda precaucion; las piedras desprendidas por él rodaban estrepitosamente; su respiracion se oía con fuerza. El condenado no sintió mas que la necesidad de redoblar sus esfuerzos, pues la imprudencia de su compañero podia de un momento á otro descubrir su fuga. Afortunadamente quedaba poca cosa que hacer para que el muro se abriese. Una piedra gruesa solamente resistia aún á todos sus ataques. De repente la sintió mover; cinco minutos despues rodaba del lado opuesto. La frescura del aire exterior penetró hasta él; y vió que el socorro inesperado que habia recibido venia de la parte de afuera, y no queriendo perder tiempo, pensó pasar por el estrecho abierto que acababan de ofrecerle de una manera tan inesperada. A la mitad del camino, encontró uno de los osos que hacia por su lado todos los esfuerzos posibles para penetrar en el calabozo. Habia oído el ruido que hacia el preso en el interior de la prision, y por un instinto de destruccion natural en estos animales, se puso á secundarle lo mejor posible.

El condenado se encontró entre dos peligros: ser ahorcado ó devorado: el primero era seguro, el segundo era probable: escogió el segundo que le salió bien. El oso intimidado por el poder que ejerce siempre el hombre, aun sobre los animales mas feroces, le dejó huir sin hacerle daño.

A la mañana siguiente el carcelero al entrar en la prision, encontró una estraña sustitucion de persona, y el oso estaba acostado sobre la paja del prisionero.

El carcelero huyó sin tomar la precaucion de cerrar la puerta; el oso le siguió gravemente, y encontrando todas las puertas abiertas llegó á la calle y se encaminó lentamente hacia la plaza del mercado de verduras. Se puede adivinar el efecto que produjo en la muchedumbre de vendedores el aspecto de este nuevo parroquiano. En un instante, la plaza se encontró desierta; pronto el recién venido pudo escoger entre las frutas y legumbres esparcidas las que eran mas de su agrado. No fué culpa suya, y en lugar de emplear su tiempo en ganar la montaña, donde probablemente nadie le hubiese impedido llegar, se puso á regalarse á su gusto con las peras, y manzanas, fruta á la cual todo el mundo sabe

tienen estos animales la mas grande aficion. Su golosina le perdió.

Dos albitares, cuyas tiendas daban á la plaza, encontraron un medio para hacer volver al fugitivo á su foso.

Hicieron calentar hasta hacer ascuas dos grandes tenazas, y acercándose al merodeador cada uno por su lado, le hicieron presa vigorosamente por las orejas, cuando se refocilaba mas en su banquete. El oso conoció desde luego que estaba cogido, y por lo mismo no hizo resistencia alguna, sino que siguió humildemente á sus conductores, sin protestar contra la ilegalidad de los medios que se habian empleado para su captura, mas que con algunos gritos lastimeros.

Sin embargo, como se pensó que podria repetirse semejante accidente, que no siempre podria tener un desenlace tan pacífico, resolvió el consejo de Berna que los osos fuesen trasportados fuera de la ciudad, y que se les construyesen dos fosos en las murallas.

Estos son los fosos que habitan hoy, cuya construccion ha venido á reducir á la mitad su capital, pues que costó treinta mil francos, y para proporcionarse esta cantidad, fué necesario que dejasen una inscripcion de hipoteca especial sobre sus bienes.

Asi que hube apuntado en mi album todos estos detalles, proseguimos nuestro camino para acabar nuestras visitas por los alrededores de Berna. Teniamos á la vista una magnífica alameda, y la seguimos como hacia toda la demas gente. Al cabo de una hora pasamos el rio en una lancha y nos hallamos en el Reichenbach, entre un alegre y ruidoso ventorrillo suizo, y el viejo y monoton castillo de Rodolfo de Erlac: el uno nos ofrecia un buen desayuno, el otro un gran recuerdo; el hambre obtuvo la preferencia sobre la poesia: entramos en el ventorrillo.

Para los aficionados al wals y á la berza ácida, no hay cosa mas admirable que una taberna alemana. Desgraciadamente, yo no podia gozar mas que de uno de aquellos placeres.

Asi que hube concluido de almorzar muy medianamente, me lancé en medio de la sala del baile, ofreciendo mi mano á la primera paisana que hallé cerca, que aceptó sin cumplimiento, á pesar de que yo llevaba guantes, lujo desconocido en aquella alegre reunion. Empecé á bailar aprovechando el primer compás de un balanceado rápido wals, cual si mis estudios todos hubiesen sido dirigidos á este arte. Verdad es que debe decirse que secundaba admirablemente la orquesta, aunque compuesta enteramente de músicos de aldea, que no sé qué instrumentos tocaban aunque debo decir que no he oído jamás en Paris una orquesta tan adecuada á aquel baile.

Terminado el wals pedí á mi pareja en aleman muy inteligible que me permitiese darle un beso; es una de las frases de aquel

idioma cuya construccion y acento se me han quedado mas grabados en la memoria; la amable jóven me lo concedió con mucha gracia. En seguida fuimos á visitar el castillo Reichenbach. Hay sobre él una tradicion medio histórica, medio poética, como todas las tradiciones suizas. Allí descansaba en los últimos dias de su vida tan útil á la patria, tan honrado de sus conciudadanos, el viejo Rodolfo de Erlac de sus trabajos guerreros. Un dia vino á visitarle su yerno Rudenz, como tenia de costumbre; se trató una discusion entre el viejo y el jóven sobre la dote que el primero debia de pagar al segundo. Rudenz se encolerizó, se arrebató, tomó la espada del vencedor de Laupen que estaba sobre la chimenea, hirió al infeliz viejo que espiró del golpe y se escapó. Pero los dos perros de Rodolfo, que estaban atados á cada uno de los lados de la puerta, rompieron sus cadenas, persiguieron al fugitivo por las montañas, y no volvieron sino cubiertos de sangre dos horas despues. Nunca volvió á verse mas á Rudenz.

El jóven que nos contó esta anécdota se volvía á Berna; nos propuso hacer el viage con él: nosotros aceptamos. Por el camino le dijimos lo que habiamos visto y nos informamos si nos quedaba algo mas que ver. Nos dijo que habiamos visitado lo mas pintoresco de la ciudad; con todo, nos propuso dar una vuelta y entrar en Berna por la torre de Goliat.

Llábase la torre de Goliat, porque sirve de nicho á una estatua colosal de San Cristóbal.

Esta denominacion no parecerá muy consecuenta al lector, como tampoco me lo pareció á mí, por lo que voy á explicar inmediatamente la analogia que existe entre el guerrero filisteo y el pacífico israelita.

Hacia fines del siglo XV, un señor rico y religioso, hizo donacion á la catedral de Berna, de una considerable cantidad que debia emplearse en la compra de vasos sagrados. Ejecutóse exactamente esta disposicion testamentaria y se compró una magnífica custodia que se encerró en el tabernáculo. Poseedores de aquella nueva riqueza redoblaron su vigilancia los dependientes de la iglesia, y discurrieron los medios de ponerla á cubierto de todo accidente. Colocar á un hombre por custodia en el santuario, no era posible: buscóse en la milicia celestial el santo que diese mas garantias de vigilancia y decision. Despues de una ligera discusion, San Cristóbal que habia llevado en hombros á Nuestro Señor, y cuya gigantesca talla demostraba grande fuerza, obtuvo la preferencia sobre San Miguel, á quien miraban como muy jóven para tener la prudencia necesaria para el empleo con que se le queria honrar. Se encargó al escultor mas hábil de Berna modelase la estatua que debian colocar cerca del altar para asustar á los ladrones, como se coloca un espantajo en los campos recién sembrados para asustar á los pájaros. Bajo este supuesto, así que estuvo concluida la obra,

debió seguramente merecer los votos de todos, y el mismo santo, si Dios le permitió ver desde el cielo el retrato que de él habían hecho en la tierra, debió asombrarse no poco del carácter guerrero que bajo el cincel creador del artista, había tomado su tranquila y pacífica persona.

En efecto, la santa imagen era de veinte y dos pies de alto, llevaba una alabarda en la mano, una espada al costado, y estaba pintada de azul y rojo de la cabeza á los pies, lo que le daba un aspecto formidable.

Con todas estas probabilidades de cumplir bien su misión, y después de haberle hecho oír un largo discurso sobre el honor que se le había concedido, y los deberes que imponía aquel honor, fué instalado el santo con mucha pompa detrás del altar mayor sobre el que sobresalía toda su espalda.

Dos meses después había sido robada la custodia.

Adivinase cuanta zambra causó en la iglesia este lance, y el descrédito que naturalmente debió de recaer sobre el pobre santo. Los más exasperados decían que se había dejado sobornar; los más moderados, que se había dejado intimidar; otros más fanáticos todavía lanzaban con más furor sus invectivas y estos eran los miguelistas, que habiendo quedado en minoría en la discusión, habían guardado su rencor religioso con toda la fidelidad de un odio político. ¡Bravo! apenas hubo una ó dos voces que se atravesasen á tomar la defensa del infiel guardian. En su consecuencia fué expulsado ignominiosamente del santuario que había guardado tan mal, y como Berna estaba entonces en guerra con Friburgo, se le encargó de proteger la torre de Lombach que se alzaba fuera de la ciudad delante de la puerta de Friburgo. Hizosele entonces en aquella puerta el nicho que ocupa aun hoy día y se le colocó en ella cual á un soldado en su garita, con la prevención de que fuese más vigilante esta vez que la primera.

Ocho días después fué tomada la torre de Lombach.

Esta inaudita conducta trocó en desprecio el descrédito: el desventurado santo fué mirado desde entonces hasta por los hombres más razonables, no solo como un cobarde, sino también como un traidor, y *desbautizado* de comun acuerdo. Se le despojó del nombre respetable que había comprometido, y para envilecerle con un nombre abominable se le llamó Goliat.

Delante de él, y en actitud amenazadora, hay una linda estatuita de David sosteniendo una honda en la mano.

PRIMERA ESPEDICION EN EL OBERLAND.

EL LAGO DE THUN.

El segundo día que pasamos en Berna, fué consagrado á visitar la ciudad, materialmente hablando, una escursión investigadora de la vispera había desflorado todo lo pintoresco y poético.

Después de la catedral de que hemos hablado, nos quedaban por ver aun en clase de monumentos, la iglesia del Espíritu Santo, el arsenal, la casa de la moneda, los pósitos, el hospital y el palacio del Estado en donde residen los *avoynes* (magistrados), y los tesoreros. Todas estas construcciones datan de 1718 á 1740, es decir, que todos los itinerarios se las recomiendan á los viajeros como construcciones magníficas y que todos los artistas las miran como unas pobres chozas.

A las siete y media de la tarde salimos de Berna, el camino desde allí á Thun es uno de los menos montuosos y más cómodos de la Suiza. En general, los caminos de los cantones de Vaud, de Friburgo y de Berna, están admirablemente cuidados, y como el gobierno de estos cantones ha sido el primero que ha tenido según creo, el pensamiento de que los caminos reales no solamente se construyan para los carruages; si no también para las gentes que caminan á pie, ha hecho colocar bancos de trecho en trecho, como en un paseo, y junto á ellos una columna truncada sobre la cual pueden dejar su carga los que van con ella á cuestras mientras descansan.

A las dos horas de nuestra salida nos envolvió la noche, pero con esa sombra trasparente que indica la salida de la luna. Estaba invisible, sin embargo todavía, para nosotros. Levantábase entre ella y nosotros la gran familia de neveras, espectros inmóviles y melancólicos que cerraban el horizonte y miraban dormir la llanura; sin embargo, bien pronto se coloraron sus cimas con un ligero reflejo de plata mate que cada vez fué siendo más vivo. Entonces y directamente, detrás de la nevada cabeza del Eiger, apareció un globo de fuego, que se hubiera podido tomar por uno de los fanales de guerra que llamaban á las armas á la antigua Suiza. Bien pronto después volvió á tomar su forma esférica; pareció descansar ligeramente sobre la estremidad de la punta aguda como el fuego de San Telmo en la punta de un mástil; después, por último, meciéndose cual un globo aereostático que huye de la tierra, tomó su vuelo lento y silencioso hacia el cielo.

Así proseguimos nuestro camino en medio

de todos los fantásticos encantos de la noche, sin perder de vista ni un instante la muralla de nieve hacia donde avanzábamos, y de la que nos llegaban, aun que estuviésemos cerca de seis leguas distantes de ella, rumores desconocidos y lastimeros producidos por la caída de los aludes y los crujiidos de las neveras. De tiempo en tiempo, nos hacía volver la cabeza á derecha é izquierda un zumbido más cercano; ¡era alguna cascada arrojando á una montaña su cinta de gasa, ó algún bosque de pinos sobre cuyas altas copas soplabla la brisa y que se quejaban las unas á las otras en una lengua que deben comprender los que la habitan. Las cosas al parecer más inanimadas han recibido de Dios como nosotros, voces para alegrarse ó para llorar, acentos para alabar ó maldecir. Escuchad la tierra en una hermosa noche de verano, escuchad el mar durante una tempestad.

A las diez y media llegamos á Thun, desesperados por que haciendo tan buena noche no teníamos que andar aun cinco ó seis leguas.

Aquí iba á cambiarse nuestro modo de viajar, y los caminos reales iban á ceder su puesto á los lagos y á las montañas. Arreglamos nuestras cuentas con el cochero, que según dijo, estaba desesperado por dejarnos. Comprendimos que esto quería decir de un modo muy cortés, que le diésemos algo más para beber, y como era un escelente muchacho, no hubo en ello dificultad. Un cuarto de hora después volvió á decirnos muy consolado que había encontrado una señora y un caballero para su retorno á Lausana.

No ofrece Thun nada notable más que su escuela de artillería, y como no hubiésemos ido á Suiza para ver disparar cañones, retuve mi asiento para Interlaken en el barco de posta, no porque fuera más cómodo este medio de transporte, sino porque esperaba coger al vuelo en el camino alguna tradición á los pasajeros. A la mañana siguiente á las nueve y media partimos.

Embárcase uno á la misma puerta de la posada, y por espacio de diez minutos, poco más ó menos, se sube por el Aar que desciende de las neveras de Inister-Ahorn, y se precipita en las rocas de Handek desde una altura de trescientos pies, viene después á alimentar, atravesándolos en toda su anchura, á los dos lagos de Brientz y de Thun, separados uno de otro por la encantadora aldea de Interlaken, cuyo solo nombre indica su posición.

Después de estos diez minutos de marcha se entra en el lago.

Inmediatamente se ensancha el horizonte por todas partes, permaneciendo, sin embargo, más limitado á la izquierda que á la derecha, porque á la izquierda le guarnece en toda su longitud una colina de bosque que desde la distancia á que se ve parece un muro alfombrado de yedra, mientras que por la derecha se prolonga el paisaje ofreciendo dos escalo-

nes de montañas, las segundas de las cuales parecían mirar por cima de las primeras. De tiempo en tiempo se abre este primer plano y presenta azulada la garganta de un valle que desde las orillas del lago parece tan ancho como un foso de ciudadela, y que á su entrada presenta la abertura de una legua.

La primera ruina que choca á la vista al entrar en el lago es la del castillo de Schadeau, que fué construido á principios del siglo XVII, por un descendiente de la familia de Erlac. Su vista no recuerda á los habitantes ninguna tradición histórica; al paso que el Stratlingen situado á media legua más allá, le anonada con sus recuerdos.

El jefe de esta casa, á creer á la crónica de Einigen, no es otro que un Tolomeo, descendiente por su madre de la sangre real de Alejandria, y por su padre de una familia patricia de Roma. Convertido al cristianismo por medio de un milagro, (había divisado estando de caza una cruz entre los cuernos de un ciervo que iba á matar) tomó en el bautismo el nombre de Theodo-Rick, y huyendo de las persecuciones del emperador Adriano, se presentó en la corte del duque de Borgoña, que estaba entonces en guerra con el rey de Francia. Cuando se hallaron á la vista ambos ejércitos, convinose entre los jefes que un combate singular decidiría la cuestión: el duque de Borgoña nombró por su campeón á Theodo-Rick, fijándose el día del combate. Pero por la noche vió el mantenedor del rey de Francia en sueños al arcángel San Miguel peleando por su adversario. Dióle tal espanto esta vision, que al despertarse se declaró vencido. El duque de Borgoña, reconocido á Theodo-Rick por una victoria en que de una manera tan visible se había manifestado la intervencion divina, le dió en recompensa á su hija Demut y el Hübsland, dote que se componía de la Borgoña y del lago Vandálico (1). En la orilla de este lago y en la parte más pintoresca fué donde el nuevo señor de este hermoso país hizo edificar el castillo de Stratlingen.

Doscientos años después de estos sucesos, el señor Arnaldo de Stratlingen, descendiente de Theodo-Rick, fundó en honor de la milagrosa asistencia que San Miguel había dispensado á su antepasado, la iglesia del Paraíso, que dedicó á este santo. En el momento en que los trabajadores acababan de colocar la última piedra, se oyó una voz que dijo: «Aquí se halla un tesoro tan grande que nadie podrá pagar su valor.» Pusiéronse inmediatamente á buscar este tesoro, y se encontró en el altar mayor una rueda del carro del profeta Elias, y sesenta y siete cabellos de la Virgen. Había sido practicada la cavidad en el altar para introducir allí á los enfermos y endemoniados, que los días de gran fiesta obtuvieron muchas veces su entera curacion.

(1) Lacus Vandálicus,